

LA PROYECCION POLITICA DE LOS SINDICATOS: PERSPECTIVAS TEORICAS Y DESAFIOS ACTUALES

ARTURO FERNANDEZ *

Los profundos y acelerados cambios económicos y tecnológicos que están experimentando las sociedades industriales nos obligan a repensar el rol y el funcionamiento de los actores socio-políticos engendrados en el siglo XIX; éste es el caso de los sindicatos y los partidos políticos afines al movimiento obrero, cuyo nacimiento y desarrollo fueron el producto del antagonismo de clase y de su proyección en la esfera político-ideológica.

Coincidimos con el lúcido diagnóstico que realizara el dirigente sindical Victorio Paulón, secretario adjunto de la Unión Obrera Metalúrgica de Villa Constitución: *"A partir de nuestra propia experiencia y de lo que venimos viendo y analizando sobre la situación del movimiento obrero, tanto a escala internacional como en la Argentina, caracterizamos esta etapa como de una ofensiva, tal vez sin precedentes, del capital sobre el trabajo a escala mundial. El movimiento obrero viene perdiendo, desde hace varios años, reivindicaciones de carácter histórico, fundamentalmente lo que se refiere a la estabilidad laboral, a la jornada laboral, avances muy notorios en cuanto a las condiciones de trabajo; y, fundamentalmente, a partir de lo que es la experiencia o el modelo japonés del cual se habla bastante intensamente en este momento, podemos decir que lo que se está poniendo en cuestión es la existencia misma del sindicalismo".*(1)

Tanto las transformaciones de la estructura productiva (robotización, incorporación de tecnologías de punta, formación de "equipos laborales", etc.) como la descripta ofensiva del capital en desmedro del trabajo han acentuado algunos rasgos sociales que se desplegaron desde principios de siglo; entre ellos destacamos:

- La creciente pérdida del sentido internacionalista del movimiento obrero y su consiguiente fragmentación política e ideológica.
- La desvinculación progresiva entre la acción sindical y la de los partidos políticos obreristas o vinculados a dicha actividad organizada de los trabajadores.
- El predominio de las posturas obreras reformistas en la inmensa mayoría de los países capitalistas y el retroceso relativo de actitudes anticapitalistas y rupturistas. Ello posibilitó el desarrollo de "pactos sociales y políticos" que democratizaron las sociedades

* Decano de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

capitalistas desarrolladas y aun algunas subdesarrolladas.(2)

Estas realidades más o menos universales han generado una recomposición de las clases obreras y una cierta tendencia a su dispersión y neutralización política, tanto a nivel internacional como en muchas sociedades industriales. (Naturalmente, existen excepciones a esa tendencia; en algunos países como Brasil o Corea del Sur, de rápida industrialización en los últimos quince años, el protagonismo de sus movimientos obreros es actualmente mucho mayor que antes de 1970).

Ello ha dado lugar a plantear la pérdida del rol de la clase obrera como sujeto histórico central de la transformación de la sociedad capitalista.

Sin embargo, numerosos interrogantes derivan de la objetiva modificación de la dimensión, función e inserción política del movimiento obrero. En primer lugar, es preciso distinguir el estadio en el que se encuentran las sociedades altamente desarrolladas, a veces denominadas "post-industriales", del imperante en los países subdesarrollados.

En el primer caso, cabe preguntarse hasta qué punto la evolución del "capitalismo tardío" ha alterado sustancialmente la naturaleza de las relaciones sociales de producción, basadas en la explotación del trabajo asalariado. Una muy somera revisión de los costos sociales que deben pagar las clases subordinadas para contribuir a la superación de la actual crisis estructural, demuestra claramente que la contradicción clasista subsiste y quizás se profundice en los próximos años; pero es cierto que el "proletariado" del siglo XIX se ha diluido y que aún es difícil avizorar cuál será la recomposición plausible de los sectores sociales asalariados que dará forma a las futuras luchas sociales. Asimismo existen nuevas líneas de conflicto que coexisten y deben articularse con la oposición "capital-trabajo", cuyo rol explicativo huelga demostrar; por ejemplo, los temas de la desocupación, y de la marginalidad, de creciente importancia en Europa Occidental y aun en los Estados Unidos, son fenómenos derivados de la irresuelta limitación de la estructura capitalista para armonizar el desarrollo de las fuerzas productivas con el de las relaciones sociales. ¿Desempeñarán los desocupados un rol político activo y organizado en un futuro realineamiento de las fuerzas sociales de esos países desarrollados?

En el heterogéneo ámbito del llamado Tercer Mundo existen países en vías de industrialización donde se repiten escenarios semejantes o parecidos a los que se conociesen en los países capitalistas líderes durante el siglo pasado.(3) También existen áreas tan subdesarrolladas donde la contradicción principal aún reside en la arcaica explotación de grandes masas campesinas, parcialmente integradas al modo de producción capitalista y a veces sometidas a relaciones de dominación con rasgos pre-capitalistas. Pero ya esos países están dirigidos por núcleos "modernos" integrados al mercado mundial capitalista y cuyo poder social se asienta sobre la explotación del trabajo asalariado, sea en las áreas urbano-industriales, sea en la producción de materias primas. ¿Cómo se integrarán los conflictos característicos de la sociedad industrial con las luchas campesinas y las de vastos grupos sociales ajenos a todo proceso efectivo de desarrollo, los cuales pueblan vastas áreas periféricas de Asia, Africa y América Latina?

Sea en los países desarrollados, sea en los subdesarrollados, el movimiento obrero se

está modificando y, en consecuencia, genera nuevas formas organizativas y originales expresiones políticas de sus intereses.

A continuación, trataremos de relacionar teóricamente la temática de la transformación del movimiento obrero, acelerada por la crisis estructural, con la referida evolución del sindicalismo y la de su relación con los partidos políticos. Esta vinculación no puede ser analizada al margen de un renovado estudio de la dinámica de la vida sindical y su ligazón con el conjunto de sectores sociales subordinados.

La naturaleza de la acción sindical

Pese a las significativas diferencias entre los comportamientos del movimiento obrero organizado, implícitas en las consideraciones anteriores, existen ciertas condiciones objetivas que homogeneizan la acción sindical y, en cierto modo, determinan su singular naturaleza.

En este sentido nos parecen esclarecedoras algunas consideraciones de Offe y Wiesenthal,⁽⁴⁾ cuya sistematización crítica asumimos. Entre ellas subrayamos las siguientes:

- La asociación de los trabajadores es su respuesta defensiva al carácter integrado y fusionado del capital, el cual combina *"trabajo y bienes de capital en forma tal de producir plusvalía. Los dos elementos que el capital combina consisten...en trabajo social; difieren en que uno es el resultado de la fuerza de trabajo aplicada en el pasado (trabajo pretérito congelado en Bienes de Capital que son, por lo tanto, algunas veces considerados por Marx como trabajo 'muerto') y la otra es fuerza de trabajo como potencia presente (trabajo 'vivo')"*.⁽⁵⁾ En consecuencia el trabajo "muerto" se encuentra integrado mientras el trabajo "vivo" está atomizado y en relación de inferioridad respecto al primero y en una necesaria situación de conflicto. El trabajador individual carece de fuerza de negociación frente al capital ya que corre el riesgo de ser fácilmente suplantado y, además, suele estar en competencia con otros trabajadores individuales que pueden vender su fuerza de trabajo a un precio menor.

- El sindicato debe organizar una multiplicidad de intereses y necesidades individuales, extremadamente difícil de compatibilizar por sus caracteres heterogéneos y a veces conflictivos. (Por el contrario, la empresa y/o la organización de empresarios pueden simplificar sus necesidades a través de la optimización de los costos y ganancias derivados del proceso productivo).

- El sindicato debe tener en cuenta que los trabajadores no pueden eliminar su dependencia de la decisión del capital para emplearlos y, en última instancia, para determinar la extensión del mercado de trabajo. Como dicen Offe y Wiesenthal *"el poseedor individual de (sólo) fuerza de trabajo está en menores condiciones de afrontar*

el no ser empleado que el capitalista individual de emplearlo. Por supuesto, los dos quieren evitar la segunda alternativa pero el trabajador lo hace más férreamente que el capitalista".(6)

Por lo tanto, la organización y la acción colectiva de los sindicatos están condicionadas por determinados comportamientos de sus direcciones y de sus miembros que no son fáciles de generar ni de desarrollar. Entre esas condiciones destacamos al menos cinco:

- Los miembros de los sindicatos deben poseer un mínimo de conciencia y de práctica de la solidaridad y de la disciplina colectivas que trasciendan sus intereses individuales utilitarios para así poder asegurar el funcionamiento de la organización.

- La acción sindical debe definir y representar, aun de manera limitada o fragmentaria, los intereses de la mayoría de los agremiados, lo cual implica coordinar las necesidades de los mismos y crear conciencia de los sacrificios necesarios que impone toda conducta colectiva al sentido individualista y utilitarista del trabajador aislado.

- La organización de un sindicato, aun la más burocratizada y elitista, debe contar con un mínimo de participación activa de sus miembros aunque fuese para poder asegurar el éxito de la huelga, instrumento generalmente legal de lucha y de presión del trabajo en su pugna contra el capital.

- *"En interés de su poder, los sindicatos están forzados a mantener un balance precario entre movilización de recursos y movilización de actividades, entre el tamaño y la identidad colectiva, y entre burocracia (que les permite acumular poder) y democracia interna (que les permite ejercer poder)".(7)* Offe y Wiesenhal plantean con meridiana claridad una contradicción que ha verificado la historia social y se puede observar en la práctica actual del movimiento obrero; los sindicatos pequeños y poco burocratizados son más combativos, representan con fidelidad las demandas de sus bases y se distinguen por la honestidad de sus conducciones; pero carecen de poder para enfrentar estructuras empresariales cada vez más complejas, concentradas y coordinadas entre sí. Por el contrario, los sindicatos con mayor poder suelen transformarse en "maquinarias" manipuladas por dirigentes que, aun siendo honestos, se van alejando gradualmente de las necesidades y los requerimientos de sus representados.

- De ello se deduce que las direcciones sindicales, como las de cualquier otra organización popular o representativa de cualquier sector social, tienden a aislarse de los grupos de base a los cuales deberían expresar y orientar, en la medida que los gremios adquieran una dimensión numérica y una complejidad estructural importantes.(8) Ello conduce insensiblemente al elitismo de esas capas directivas, a su burocratización y, en el peor de los casos, al burocratismo o corrupción de las mismas. Sólo férreos controles

democráticos, jurídicamente establecidos y asumidos por la participación consciente de los afiliados, puede evitar esta deformación de la acción colectiva sindical.

Así caracterizada la naturaleza de la acción sindical resulta posible demostrar la hipótesis sustentada en el citado ensayo de Offe y Wiesenthal: *"los intereses de la clase obrera y aquellos de los capitalistas están sujetos a distintos grados de distorsión bajo el capitalismo y...distintas formas organizacionales son requeridas dentro de cada clase para superar estas distorsiones específicas".*(9)

Asimismo esta hipótesis desmistifica la ilusión liberal de considerar a las organizaciones de empresarios y de trabajadores como grupos de interés y de presión que actúan en un plano de paridad y que, por lo tanto, pueden lograr una simetría de objetivos económicos y/o políticos. Como bien dicen los autores ya citados, *"Mientras que las organizaciones empresarias representan una forma política de racionalidad individualista, aproximándose así a un ejemplo puro de lo que hemos llamado forma 'monológica' de acción colectiva, las organizaciones de trabajo son siempre un 'caso mixto' que contiene elementos de las dos lógicas, 'monológica' y 'dialógica', una condición que lleva a una continua contradicción entre burocracia y democracia interna, agregación de intereses individuales y formación de una identidad colectiva",* etc.(10)

El patrón monológico de la acción colectiva es definido como un proceso de agregación y transmisión de intereses que se resuelve al nivel de dirigentes de la propia estructura organizativa; a su vez, el patrón dialógico implica que una parte significativa de los miembros de una organización juega un papel importante en la definición de los objetivos y líneas de acción de la misma, lo cual obliga a una interacción permanente entre su cúpula directiva y sus niveles de base y conlleva las consiguientes tensiones entre dichos componentes. Por lo tanto, la clase empresarial se identifica naturalmente con la forma de acción colectiva monológica, en razón de la claridad económica de sus percepciones y de su mayor predisposición a salvaguardar su dominación a través de una acción política coherente que canalice la amenaza derivada de la propia organización de las clases subordinadas.

Por su parte, los sindicatos fluctúan entre los dos modos de acción colectiva descriptos, sea por la relativa distorsión de la percepción de sus intereses económicos de parte de los trabajadores, sea por los conflictos políticos que se desarrollan entre diversos segmentos de la clase obrera o entre sus burocracias directivas y sus bases. A estos factores intrínsecos al desarrollo del movimiento obrero se suma la propia estrategia de los empresarios, considerados aisladamente u organizados en asociaciones o gremios; el objetivo de esa estrategia es difundir la racionalidad individualista del patrón monológico de su actividad entre los grupos dirigentes obreros, con el fin de neutralizar la faz "dialógica" de la acción colectiva sindical y sus perspectivas anticapitalistas.

En algunos casos, la lógica "monológica" del empresariado se ha impuesto y/o continúa imponiéndose en las organizaciones obreras, incorporándolas a ciertos grados de "corporatismo" socio-político.(11) Sin embargo, la gran mayoría de los sindicatos

desarrolla su acción colectiva basándose simultáneamente en la lógica "monológica" y en la "dialógica", lo cual expresa las *"ambigüedades inherentes a las condiciones económicas y sociales de la clase obrera, ...que están ausentes en las de la burguesía..."*.(12) Del mismo modo, este comportamiento es la resultante de las luchas políticas que atraviesan el movimiento obrero y que señalamos en el párrafo anterior, en particular la tensión entre sus burocracias directivas y sus bases.

Los autores que estamos analizando concluyen con una sugerente descripción del accionar predominante en los sindicatos a partir de 1914, al cual califican de "oportunismo", sin asumir la connotación peyorativa que se suele dar a este término. Las prácticas oportunistas son caracterizadas como el predominio de los medios institucionalizados sobre los fines y principios de la organización; la prioridad de los logros de corto plazo sobre las consecuencias y perspectivas del largo plazo; y, en fin, el énfasis en los criterios cuantitativos de reclutamiento y movilización sobre las concepciones cualitativas en esas formas de la actividad sindical.(13)

Sin embargo, ellos conciben el "oportunismo" como una forma organizativa de resolver *"los problemas conectados con la precaria coexistencia de las dos lógicas de acción colectiva que encontramos como un elemento específico de clase"* en gran parte de los sindicatos contemporáneos; no se trataría de *"una patología organizacional, fruto de la traición o de la manipulación externa (de sus dirigentes), sino una estrategia de transformación perfectamente racional que...asegura de hecho las posibilidades de éxito, a la vez que permite superar la amenaza a la supervivencia de la organización"*.(14) En cierto momento del desarrollo de la práctica sindical, el oportunismo constituiría una conducta colectiva impuesta por las condiciones internas y los condicionamientos externos de esa misma práctica. Pero, reconocen Offe y Wiesenthal, esta solución puede llegar a ser contraproducente para asegurar la propia preservación del poder gremial.

En efecto, la práctica oportunista es el producto del fortalecimiento organizativo de los sindicatos, lo cual les permite lograr concesiones a través de la amenaza de huelgas y otras formas de acción militante; por lo tanto, la mejor forma de asegurar su supervivencia y cierto éxito en sus demandas consiste en independizar la acción sindical de la voluntad y de la motivación de sus miembros, ampliando su estructura burocrática y obteniendo el reconocimiento del Estado a través de un estatuto legal que le permita participar en la toma de decisiones económico-sociales a través de procesos de concertación. El peligro de esta forma de "equilibrio precario" entre el soporte interno del poder sindical y su proyección externa, basada en la relación con el Estado, consiste en el previsible deterioro de dicho soporte interno, ya que la desmovilización de los afiliados y la mediatización de sus intereses conspirarán contra la capacidad de negociación de los dirigentes; a mayor burocratización sindical (y a mayor oportunismo) sucederán una menor eficacia en la obtención de sus objetivos reivindicativos y, luego, una pérdida de adhesión cada vez más generalizada de sus miembros, la cual puede expresarse en una significativa desafiliación.

"Aquí se manifiesta el costo a largo plazo del oportunismo: para asegurar la

supervivencia y las posibilidades de éxito de la organización (sindical), se hace necesaria una nueva fase de movilización y activación de sus miembros ..., el retorno a un tipo de acción colectiva donde la voluntad de acción de los miembros reviste primordial importancia".(15)

Es previsible que las bases obreras sustituyan entonces a las dirigencias burocratizadas o que se produzca una división organizacional. La conclusión mencionada supone una radicalización de la acción colectiva que pasaría a ser predominantemente "dialógica"; en todo caso, se trata de demostrar que el movimiento obrero se encuentra dialécticamente enfrentado al capital, sin por ello tener asignada una necesaria "misión histórica" más o menos mesiánica ni siquiera un rol pre-determinado por supuestas leyes sociales "objetivas". Pero, en tanto el capitalismo subsista como forma de organización social, perdurarán las diversas formas de colisión económica, política e ideológica entre los propietarios de los medios de producción y los grupos sociales que venden su fuerza de trabajo.

En el artículo citado se insinúa, aunque no se desarrolla, el tema de la proyección político-partidaria del movimiento obrero organizado; en primer lugar, se menciona que el poder sindical capaz de controlar su contorno y de doblegar la institucionalización capitalista exigiría *"un alto nivel de politización de la lucha de clases"* y *"la existencia de fuentes alternativas de poder, por ejemplo, aquéllas provistas por un amplio movimiento socialista y un partido socialista o comunista fuertes"*.(16) Asimismo se reconoce que la denominada práctica oportunista del sindicalismo, ampliamente verificada a través de las experiencias históricas posteriores a la "Gran Guerra" (1914-1918), se ve facilitada por la existencia de *"partidos social-demócratas que constituyen una fuerza política considerable, porque son (esos partidos) los que tienen mayor predisposición a proveer generosamente (los) soportes y sanciones institucionales"*,(17) a través de los cuales los sindicatos consiguen una fluida relación con el Estado que fortalece los procesos de concertación entre el capital y el trabajo.

Estos señalamientos merecen nuestra particular atención; puede deducirse que, cualesquiera sean las etapas del desarrollo sindical, reviste singular importancia la vinculación entre la acción colectiva del movimiento obrero y el (o los) partido(s) que exprese sus intereses y los transmita en opciones políticas significativas para el conjunto de la sociedad; cabe subrayar que esa vinculación de la acción obrera ha contribuido a la ulterior interacción entre los sindicatos y los Estados.

La base social de los sindicatos ha sido y será demasiado limitada para poder gobernar por sí sola una sociedad industrial (también lo es para crear un modelo alternativo al capitalismo). En consecuencia el sindicalismo necesitó trascender sus intereses corporativos, sea para enfrentar al capital, sea para negociar con él; para ello sus dirigentes debieron proyectarse hacia la arena político-partidaria. Así fue que, desde el surgimiento de los primeros partidos políticos de masas en Europa Occidental (hacia 1875-1900), se estableció una variada pero permanente vinculación entre ese tipo de partidos y los sindicatos obreros que, a menudo, los antecedían históricamente.

En algunos casos, fueron los propios sindicatos las asociaciones que dieron lugar al nacimiento de un partido político, como en el caso del Laborismo inglés. A su vez los Partidos Obreros, impulsados por élites intelectuales que pasaron a expresar los intereses del movimiento proletario, fortalecieron el desarrollo gremial. A fines del siglo XIX, sindicatos y partidos parecían haber adquirido una unidad de concepción y de acción que se corporizó en la II Internacional; esa unidad no resistió la dura prueba de 1914 que, además, hizo trizas la concepción anti-belicista y férreamente anticapitalista de los fundadores del movimiento obrero.

Después de la "Gran Guerra" algunos de los gremios de los principales países capitalistas se desarrollaron flexibilizando sus vinculaciones con los partidos obreros. Mientras tanto, aparecían sindicatos "correas de transmisión" de partidos revolucionarios leninistas; y, por otra parte, algunos gremios se fueron transformando en "grupos de presión" que inter-actuaban con partidos policlasistas inclinados a integrar los intereses de la clase obrera. Por lo tanto, son escasos los dirigentes gremiales que carezcan de vinculaciones con partidos políticos de clases o policlasistas, sea en los países industrializados, sea en los subdesarrollados.

Proyección política de los Movimientos Sociales

En la última década, varias corrientes teóricas de las Ciencias Sociales han puesto de relieve la importancia y la amplitud del tema "Movimientos Sociales" y, en consecuencia, destacaron la relación entre esos Movimientos y el proceso de democratización del poder estatal; el sindicalismo es uno de los más significativos de esos Movimientos.

Sin embargo, la categoría "Movimiento Social" ha sido usada de forma tan amplia que se torna confusa; en la literatura sociológica se la aplicó a hechos tan diversos como lo son algunas corrientes culturales (el indigenismo, el cubismo...); ciertas explosiones sociales (el "cordobazo" argentino de 1969, el "bogotazo" colombiano de 1948...); las tendencias políticas e ideológicas populistas que se organizaron de forma gregaria y poco sistemática (el varguismo, el peronismo, la ANAPO colombiana...); en fin, los pretendidamente "nuevos" fenómenos del feminismo, de las organizaciones barriales, de jóvenes aficionados al rock, etc.. Tomando esta "acepción amplia" como válida, "Movimiento Social" sería toda forma de organización social, lo cual vaciaría de contenido al concepto formulado y le restaría toda utilidad teórica y práctica.

En los años sesenta,⁽¹⁸⁾ Alain Touraine, eminente sociólogo francés, había fundado su original y sincrética concepción "accionalista", en una definición mucho más precisa de "Movimiento Social" haciéndola abarcativa de la noción de "clase social". Para Touraine se trataría de un accionar colectivo y organizado de un actor social que lucha contra un oponente (otro actor social) por la dirección colectiva del proceso histórico; por lo tanto, un movimiento social "debería" producir orientaciones socio-culturales que le permitieran lograr el control social de los recursos centrales (económicos, políticos e ideológicos) de un tipo de sociedad determinado (feudal, industrial, etc.). Desde entonces,

Touraine había subrayado que, en Europa, se verificó la importancia central de los actores de clase característicos de una sociedad industrial, principalmente los empresarios y los obreros; pero que, en América del Norte, no se dio una correspondencia tan directa entre categorías socio-económicas y actores político-sociales; sobre todo en los Estados Unidos, el factor de la elevada movilidad social y el rol de los grupos étnicos diluyeron la importancia política de la situación ocupacional y económica.(19)

Asimismo, la literatura sociológica reciente encara de maneras distintas la relación entre los diversos Movimientos Sociales con su contexto político, en particular la existente con los Partidos Políticos.

Entre esas diversas tendencias distinguimos las siguientes:

a) La primera perspectiva considera esencial determinar la articulación de cada Movimiento Social con las organizaciones políticas que logren integrarlos; especialmente en el caso de los Movimientos Populares, se trata de pulsar su vinculación con un partido popular y/o de clase obrera y con su proyecto de transformación social y político; este enfoque define al Movimiento Social en función esencialmente política.

Las expresiones colectivas de los sectores populares son interpretadas como manifestaciones pre-políticas susceptibles de transformarse en acciones destinadas a la acumulación de poder político; y se las observa como ensayos de participación popular destinados a ser cohesionados y organizados eficientemente por un partido de vanguardia. En general, partiendo de la premisa simplista que "todo" es político, se atribuye a "todos" los movimientos y fenómenos sociales una supuesta proyección política, conciente o inconciente. Si esos movimientos "se resisten" a actuar (o a "ser interpretados") en función de su inserción política se los descalifica y se los evalúa como irrelevantes para el desarrollo (o el estudio) de las estructuras socio-políticas.

Esta concepción prevaleció durante los años sesenta y parte de la década siguiente en diversas corrientes teóricas de las Ciencias Sociales de orientación crítica,(20) naturalmente ella subsiste hasta el presente, aunque ha perdido aceptación. Una de sus limitaciones es que, en todo tipo de sociedad contemporánea (capitalista o no capitalista, desarrollada o subdesarrollada...) una considerable mayoría de ciudadanos no se incorpora a ningún partido político y sólo participa en la vida cívica a través del voto periódico y/o de la conformación de la opinión pública (cuando ésta tiene desarrollo y significación).

Por otro lado, un sector importante de esa población -no integrada a partidos- suele formar parte de diversos movimientos o asociaciones de escaso contenido político y, en todo caso, desvinculados de los partidos de cualquier signo ideológico.

Sin embargo, la fuerza simplista de quienes argumentan el necesario carácter político de todo movimiento social (o de toda manifestación de la sociedad civil), reside en la simple observación del desempeño de cualquier asociación de personas que se organizan mínimamente con algún objetivo colectivo. ¿Cuántos de esos grupos no buscan conciente o inconcientemente relaciones políticas activas o pasivas?, ¿cuántas veces no deben recurrir al Estado?, o, por el contrario, ¿podrían funcionar sin la tolerancia de ese Estado?.

Por otra parte, como reacción contra el autoritarismo estatal, suelen surgir movimientos sociales (culturales, vecinales) que erosionan de manera indirecta el poder político y lo llegan a cuestionar; ello genera enfrentamientos y/o persecuciones que acentúan el carácter político de esos movimientos.

Por lo tanto la frontera que separa un movimiento social de una agrupación política suele ser difusa; a medida que las sociedades civiles se hacen más complejas y sólidas se instaura en ellas un creciente pluralismo que tiende a limitar el margen de acción del Estado; esta relación implica tensiones políticas, independientes de la propia voluntad de los actores sociales; los movimientos sociales, nacidos en la sociedad civil, la fortalecen y, aun sin proponérselo explícitamente, tienden a acotar críticamente el comportamiento del Estado. ¿No es ésta otra prueba del carácter esencialmente político de los Movimientos Sociales y Populares?

b) Una segunda visión toma en cuenta la actual crisis de credibilidad de muchos partidos políticos, incluidos los populares; y subraya que los Movimientos Sociales practican "nuevas formas de hacer política", con la participación de actores sociales novedosos que conforman sujetos históricos plurales y diversos.

Por ejemplo, T. Evers (21) subraya que las ciencias sociales (particularmente en América Latina pero no sólo aquí) tendieron a focalizar el estudio de los Movimientos Sociales de una manera excesivamente centrada en el tema del poder estatal; habiéndose constatado que muchas de esas organizaciones sociales no se incorporaban a la lucha partidaria ni mucho menos a una acción revolucionaria, habría llegado el momento de investigar con mayor profundidad sus potencialidades, sus mecanismos internos y su proyección política real; esta proyección se caracterizaría por "nuevas formas" de involucramiento en un escenario social que trasciende el ámbito de las relaciones puramente estatales.

Por otra parte, Faletto propone, casi como una hipótesis a demostrar, que, *"de forma inorgánica e incluso embrionaria, las reivindicaciones de los movimientos sociales apuntan a una redefinición de los modos habituales con que operaba el conjunto de las relaciones sociales, o como dice Gramsci, 'el compromiso entre dominantes y dominados', dando origen a una situación de desagregación de la vida estatal por parte de grandes masas".*(22)

Refiriéndose más concretamente a los Movimientos Sociales en América Latina, este autor señala que ellos *"pueden considerarse como movimientos de emancipación que enfrentan en una sociedad formas concretas de subordinación, de aislamiento en lo económico, de pasividad impuesta en todo lo que es cultural, económico o político y que se rebelan en contra de la descomposición corporativa que tiene lugar en la sociedad actual"*. Sin embargo, Faletto advierte la grave dificultad de articular coherentemente estas *"nuevas formas de hacer política"*, es decir de agregar y generalizar la multiplicidad de intereses particulares expresados por los movimientos sociales.(23)

Es cierto que los Movimientos Sociales y Populares pueden limitar el poder,

generalmente prepotente, de las instituciones estatales, fortaleciendo la Sociedad Civil; el mérito de la óptica analizada es haber puesto de manifiesto esta realidad, interpretando correctamente que la mayoría de los ciudadanos que no participa de los partidos políticos puede incidir en la vida social desde su práctica en los Movimientos Sociales; éstos interactúan políticamente con el resto de dicha Sociedad Civil y con el propio Estado, sea de forma directa como un sindicato obrero, sea de forma indirecta como un grupo cultural o juvenil.

Sin embargo, expresamos nuestras serias dudas acerca del rol transformador de los Movimientos Sociales y Populares que simplemente "refugien" o protejan a sus miembros de los avatares de las grandes crisis económicas y políticas de los Estados Nacionales y/o de la comunidad interestatal.(24) En fin, creemos que los Movimientos Sociales no pueden escapar de las tendencias hacia la burocratización y la oligarquización de sus grupos dirigentes que se le achaca a los partidos políticos de cualquier orientación; para evitar esos fenómenos, descritos por Michels a principios de siglo, no se conocen otros recursos que la multiplicación de controles democráticos, jurídicamente establecidos y regulados. ¿Quién puede asegurar que esos controles están funcionando mejor en un movimiento social que en un partido? Quizás haya más participación democrática en pequeñas asociaciones que en los partidos de masas; pero, a la inversa, ello también sucede en pequeños partidos en comparación con los grandes movimientos sociales.

c) El tercer enfoque, de índole culturalista, sostiene que los Movimientos Sociales *"no deben ser interpretados en clave política (si por esto se entiende una lucha por el poder), sino como prácticas colectivas y de reconocimiento de espacios de relaciones sociales. Desde esta perspectiva, lo que se enfatiza es la emergencia de algo nuevo, en formación: nuevos actores, identidades, formas de acción y contenidos".*(25)

Más adelante señala la misma Jelin: *"no se trataría solamente de nuevas formas de hacer política, sino de nuevas formas de relaciones y de organización social; lo que se estaría transformando o engendrando es una sociedad más que una política, nueva... Pero, más profundamente, lo que se intuye es una nueva manera de relacionar lo público y lo social, el mundo público y la vida privada, en la cual las prácticas sociales cotidianas se incluyen junto a, y en directa interacción con lo ideológico y lo institucional-político".*(26)

Esta aproximación a la realidad de los Movimientos Sociales se inspira explícitamente en la óptica de Melucci, para quien esos movimientos son una construcción del observador que trata de homogeneizar y poner orden en formas de acción colectiva muy diversas y cargadas de significados muy variados;(27) *"la labor del investigador es la de búsqueda del sentido de una práctica colectiva, sentido que obviamente está anclado en la conceptualización de los propios sujetos, pero que va más allá de la misma".*(28) Con este punto de partida el observador puede deslizarse fácilmente hacia un subjetivismo idealista.

Por ejemplo, el mencionado Fals Borda cree que, en los "nuevos" Movimientos Sociales, el *"uso de la fuerza y la ambición de dominio sobre otros -cuya culminación es*

el poder estatal-, se rechazan como fines en sí mismo. En cambio, los movimientos buscan un poder alterno no necesariamente formal que les permita decidir autónomamente sobre formas satisfactorias de vida y de trabajo productivo... El ciudadano toma la palabra. Por eso los movimientos sociales atesoran su independencia como entes civiles y actores históricos genuinos, y desconfían de los partidos políticos tradicionales. Por eso también miran con recelo y pavor a las instituciones regimentadas y autoritarias, en especial al que es el mayor engendro de los partidos: el Estado-Nación".(29) Esta creencia, basada en una percepción ingenua de la realidad, no se sustenta en un estudio empírico riguroso de los movimientos sociales significativos en América Latina; y los ejemplos citados por el autor son confusos, llegando a mezclar Movimientos Sociales, Frentes Políticos y Partidos-Movimientos en un magma bastante indescifrable.

Pese a todo ello, lo citamos a Fals Borda porque él es un buen exponente de la tesis que los Movimientos Sociales, y en particular los Populares, modificarían la relación entre lo público y lo privado y hasta la concepción misma del poder. Creemos que, en general, dicha transformación no deja de ser un deseo loable de los analistas sociales y una construcción "ideal" imaginada por ellos. En áreas subdesarrolladas, de alta conflictividad social, los Movimientos que pretenden cambiar el contexto económico y político, se plantean la cuestión del poder en términos tradicionales de auto-organización y de confrontación-negociación con el Estado. Es posible que, como en el caso del sindicalismo obrero brasileño, los actuales movimientos latinoamericanos sean mucho más autónomos respecto a los Estados que en el pasado; pero de ello a atribuirle tendencias anarquizantes hay una gran paso.

La crisis estructural (en nuestra región acompañada de ciertas dictaduras sanguinarias) generó una creciente desconfianza hacia el Estado, al tiempo que decaían las prestaciones de la Seguridad Social y, en general, la cobertura de las políticas características del Estado "Benefactor". Sectores sociales importantes percibieron el carácter represivo extremo de los gobiernos autoritarios. Sin embargo, ¿es todo ello suficiente para engendrar una "nueva sociedad"?; ¿es que se están construyendo identidades colectivas originales y espacios sociales ignotos?

Aún en los países desarrollados (con mayor razón en los subdesarrollados), el conjunto de los Movimientos Sociales pugna por defender posiciones adquiridas, amenazadas por la crisis. Esa actitud defensiva (respecto del poder estatal) es, a veces, la única posible y -a nuestro entender- no puede confundirse con la simple negación de los mecanismos políticos tradicionales. Además, ¿es plausible imaginar transformaciones sociales significativas y no deseadas por el Estado, sin haber desplegado una práctica de acumulación de poder que persuada o someta a ese Estado?.(30)

Estas críticas no pretenden descalificar totalmente la búsqueda de nuevas connotaciones de la acción social colectiva en una coyuntura donde es real el distanciamiento entre movimientos sociales, partidos y Estado. El valor del punto de vista que acabamos de analizar reside en haber puesto de manifiesto realidades que la ciencia social había descuidado, tal como la importancia de la vida cotidiana.

Creemos que no es totalmente desechable ninguno de los aportes expuestos sobre la proyección política de los Movimientos Sociales y Populares; en efecto, éstos se encuentran en una situación de transición determinada por la crisis mundial, la cual implica, por una parte, una readaptación de los Movimientos ya existentes; y, por otra, el surgimiento de prácticas y actores colectivos novedosos y/o muy renovados.

Sin embargo, las diversas y múltiples experiencias "movimientistas" encierran aspectos políticos significativos; las organizaciones sociales responden a necesidades y desafíos que presentan casi siempre alguna connotación política; por ello, aunque nos negamos al reduccionismo que pretende subsumir todas las prácticas colectivas en el marco de la política partidaria o estatal, tampoco acordamos con la postura opuesta que tiende a diluir lo político en lo social.

Por otra parte, en un período marcado por la necesidad de reestructurar el capitalismo achicando la dimensión del Estado, pareciera un simple ardid ideológico proponer la desvinculación de lo social y lo estatal, tal como aspiran a lograrlo las clases dirigentes occidentales. La autogestión democrática de la sociedad y del Estado, tras la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, es un objetivo muy distinto al que parecen propender los propagandistas de una atomización de la Sociedad Civil en grupos que preservan a sus miembros de las desgracias que provocan las sucesivas crisis económicas y políticas.

Esta reflexión no pretende negar realidades evidentes que caracterizan la evolución actual de las diversas formaciones sociales, en particular la de los desarrollados. Esa evolución ha sido relevada por los enfoques que exaltan la "nueva" proyección política de los múltiples movimientos sociales (¿será tan "nueva" esa proyección?); simplemente se trata de puntualizar viejas evidencias sobre la naturaleza del Estado -condicionado en última instancia por las relaciones de clase-, las cuales no han sido modificadas sino **agudizadas** por la transformación estructural del curso.

En consecuencia, pensamos que tanto los Movimientos Sociales "viejos" como los "nuevos" (esta distinción es muy relativa) deben buscar novedosas formas de articulación con los partidos políticos para fortalecer su accionar colectivo y evitar caer en un limitado "corporatismo" o simple defensa de intereses grupales.

Movimientos Sociales y Populares que no tengan partidos que los representen, pueden ver frustradas las aspiraciones de sus miembros; más aun, Movimientos Sociales hostiles a la representación política y a los partidos, pueden contribuir a la dislocación social y/o al mantenimiento del "*statu quo*" como resultado de esa misma desintegración.

Al contrario, la proyección política acertada de los Movimientos Sociales (tal como sucediera históricamente con el sindicalismo) puede contribuir simultáneamente a fortalecer y a transformar la sociedad y sus relaciones con el Estado.

Es que en un mundo en plena mutación, el sindicalismo, como todos los Movimientos Sociales, debe adecuarse para sobrevivir y debe modificar antiguos comportamientos socio-políticos; pero no debería perder de vista la significación de una proyección política integral y profunda.

Proyección política de los sindicatos y su relación con los partidos políticos

Ya hemos señalado que, desde el siglo XIX, los sindicatos han tenido una activa y generalizada proyección política que los condujo a relacionarse de diversa forma con los partidos políticos y, a través de ellos, con el Estado.

En épocas más o menos recientes, otros Movimientos Sociales siguieron el ejemplo de la clase obrera organizada y así fue que aparecieron partidos representativos de los agricultores, de los ecologistas y hasta de los grupos feministas. Es plausible que, en los países desarrollados, los Movimientos Sociales "nuevos" (o rejuvenecidos) se vayan politizando cada vez más para lograr cumplir sus objetivos de manera integral; pero, en todos los casos, no harían sino reproducir parcial o totalmente aspectos sustanciales de la acción colectiva del sindicalismo y de su propia lógica.

En efecto, la proyección política de los gremios obreros es una consecuencia necesaria de su lucha por combatir la injusticia social desde una posición de clase subordinada, la cual no fue óbice para que pretendiese construir una sociedad alternativa. Tal como le sucede a cualquier otro Movimiento Social, el sindicalismo necesita proyectarse políticamente para cambiar el "*statu quo*" social, sea a través de la confrontación o de la negociación, sea de forma radical y global o gradual y parcialmente. La experiencia histórica del capitalismo confirma esta afirmación; las más diversas realidades del mundo desarrollado o del subdesarrollado certifican que la sociedad y el Estado están tan estrechamente imbricados que no puede modificárselos separadamente, lo cual significa que afectar la estructura social implica plantearse el problema del poder y del Estado y viceversa.

Por ello, el movimiento obrero organizado luchó, durante el siglo pasado y principios del presente, tanto por conseguir transformaciones socio-económicas como por obtener el sufragio universal, el cual era considerado una condición necesaria para la democratización política que permitiría el acceso de los partidos obreros a las funciones estatales de mando. En los países desarrollados, ese proceso de democratización fue avanzando, a veces traumáticamente, extendiendo los derechos de los sectores sociales subordinados y poniendo fin al carácter "salvaje" de la explotación capitalista.

La consolidación de la democracia política en los Estados capitalistas "centrales" presenta aspectos contradictorios. Por un lado, ella se constituyó en un factor importante de la relativa integración social que permitiría desarrollar la hegemonía burguesa y ampliar el consenso social sobre el cual se asienta dicha hegemonía; por otra parte, gracias a la democratización, se incorporaron muchas reivindicaciones y demandas de los sectores dominados, generándose un proceso socio-político de inter-acción consensual y de mayor participación en la toma de decisiones estatales.

Pese a estas contradicciones, creemos que cuando los "*valores, normas e instituciones se constituyan en torno de la igualdad y de la libertad (lo que es decir de la democracia), serán mayores las posibilidades de que las crisis capitalistas no sean*

resueltas en base a proyectos autoritarios".(31)

En el mismo artículo, el autor citado contesta dubitativamente a la pregunta: *"¿es posible sustentar que en los países periféricos la evolución democrática puede transformarse en un proceso eficiente de transformación estructural?"*.(32) Convenimos que no existe una respuesta válida para el conjunto de los países subdesarrollados y ni siquiera para toda América Latina; es cierto que en muchos de estos Estados *"la conquista de la democracia política (de la ciudadanía como fundamento y limitación del poder) no aparece como factor de transformación sino como un proyecto político de gestación de un nuevo sistema"*.(33)

Aun así existen ciertos factores fundamentales y de cierto carácter universal en el desarrollo de la democratización política, entendida como un proceso de extensión de los derechos individuales y sociales y de ampliación de la participación de la "cosa pública" a partir de la permanente lucha social y política de los sectores subordinados. Uno de esos factores fundamentales es la creación y fortalecimiento de los partidos políticos y de su insustituible rol democratizador, ya que su estructuración ha permitido relacionar la sociedad civil y el Estado de forma novedosa y más estrecha.

Cabe recordar que esta forma contemporánea de "Fuerza Política" deriva de los "clubes" y "asociaciones políticas" surgidas en los albores de las Revoluciones Burguesas y en el seno de los primeros Parlamentos. Sin embargo, ella adquiere carácter masivo y contribuye decisivamente a ampliar la participación política a partir de la organización de los primeros partidos obreros, hacia mediados del siglo pasado.

Desde entonces, los partidos políticos son grupos sociales organizados institucionalmente que buscan el apoyo de la ciudadanía (con diversos métodos) para tratar de obtener el control directo de las instituciones estatales.

Esta disgresión histórica está orientada a resaltar el rol que ha tenido el partido político, extendiendo la participación en la toma de decisiones políticas a sectores sociales subordinados, tal como la clase obrera o los campesinos. Sin embargo, los partidos presentan tendencias "oligárquicas" que limitan el ejercicio de la democracia interna y facilitan la auto-perpetuación de las "élites" político-sociales al interior y al exterior del Estado; a ellos cabe aplicarles las reflexiones que, al respecto de las contradicciones entre dirigencia y bases afiliadas, desarrollamos en el primer punto, referido a los sindicatos y a sus tendencias burocratizantes.

Evidentemente el desarrollo de los partidos no es el único factor fundamental en el logro de la democratización política; existen otros procesos importantes como la movilización social, la formación de una cultura política pluralista, la determinación de un marco jurídico apropiado, etc.. Sin embargo, la mayor parte (sino todos) de estos procesos suelen ser canalizados institucionalmente por los partidos; la presencia de los mismos garantiza el reforzamiento de diversos factores democratizantes mientras su ausencia los debilita. De ello se deriva la importancia de la presencia partidaria como medio de ampliación de la participación ciudadana y como garantía de la consolidación de los derechos humanos que implica el avance de la democracia. Es cierto que los partidos

políticos son un hecho histórico y que quizás puedan ser reemplazados por nuevas formas institucionales en un futuro lejano pero previsible; pero por ahora, en las sociedades capitalistas, los roles fundamentales de dichos partidos no los puede asumir ninguna otra organización.

Reiteramos que una significativa corriente de científicos sociales proclama la naturaleza democrática y democratizadora de los Movimientos Sociales que se están desarrollando en los últimos años, soportando la crisis estructural y generando respuestas parciales a la misma; además algunos autores argumentan que "viejos" Movimientos Sociales están adquiriendo una nueva significación histórica o se están transformando aceleradamente.

Más aun, la referida proyección política del sindicalismo fue un hecho inédito en la historia social y la prueba más acabada del rol transformador del movimiento obrero en la sociedad capitalista.(34)

Respecto al carácter original de la acción política obrerista, cabe subrayar principalmente que, durante el siglo pasado, una clase social subordinada (esencialmente formada por obreros industriales) se organizó para combatir la injusticia y la desigualdad social y, por primera vez en la historia, gestó un proyecto propio de sociedad alternativa realmente libre y justa; nunca antes había sucedido ello en las numerosas rebeliones populares que jalonaron la evolución de la sociedad y expresaron la desesperación de los oprimidos y de los explotados, tanto como su impotencia para revertir su triste suerte; la casi totalidad de esas rebeliones concluyó en masacres de los insurrectos y en la perpetuación del orden social prevaleciente.

Las particulares condiciones de organización del trabajo en la industria y la formación de grandes centros urbanos, sumadas a la misma dinámica de la relación capital-trabajo "libre", contribuyeron al desarrollo de las asociaciones obreras y a la formación de sus identidades colectivas. En un siglo y medio de luchas y presiones sindicales y políticas se generó una multiplicidad de instituciones y de organizaciones de los trabajadores; ello es el resultado objetivo de la emergencia y del desarrollo de la conciencia de una clase capaz de racionalizar su derecho a cuestionar la sociedad injusta que la oprimía y de proponer soluciones alternativas. Como afirma Miliband: *"El hecho de que 'las relaciones de producción', y para el caso, las relaciones de vida, sean menos opresivas para la mayoría de los obreros de lo que eran hace cien o incluso cincuenta años, en gran medida se debe a la lucha de clase y a la presión desde abajo ejercida sobre los patrones y el Estado, así como al impacto directo e indirecto que la clase obrera, a través de sus instrumentos representativos, ha tenido sobre el sistema político de estos países. Esto no ha significado la toma de Palacios de Invierno, y ciertamente no ha deparado la transformación revolucionaria de las sociedades capitalistas. Pero ha sido mucho más significativo en su alcance y resultados de lo que transmiten etiquetas (adostas al movimiento obrero organizado) como 'economicista', 'corporativo' y demás".*(35)

Respecto al estado de la referida presencia del sindicalismo y de los partidos obreros en la etapa actual del desarrollo capitalista, compartimos también las apreciaciones de

Miliband; la red de instituciones obreras creada durante la larga evolución de este excepcional movimiento social, constituye un "mundo de la clase obrera" en permanente proceso de lucha, desafío, presión y renovación; ese "mundo" incluye, además de los partidos y sindicatos, cooperativas, mutuales, prensa, grupos culturales y recreativos, etc.. *"La creación de este mundo de la clase trabajadora no ha sido un proceso sencillo, y su historia es tanto de derrotas, retrocesos y traiciones como de éxitos... Pero el proceso ha continuado año tras año y década tras década; y seguirá mientras dure el capitalismo. Se lo podría desviar, dividir, incluso detener temporalmente y aplastarlo. Aun así, empieza de nuevo, y sigue esforzándose por la simple razón de que la presión y el desafío son gemelos siameses de la explotación y opresión".*(36)

Aunque actualmente disminuya el porcentaje de obreros industriales e incluso el de asalariados, la estructura capitalista siempre se funda en los mecanismos de extracción de plusvalía que constituyen "el secreto de la explotación del trabajo"; ello determina que el movimiento de trabajadores continúe ejerciendo un rol insuperado de instrumento de transformación social; *"ningún otro grupo, movimiento o fuerza en la sociedad capitalista es remotamente capaz de levantar un desafío tan eficaz y poderoso contra las estructuras existentes de poder y privilegio"* -señala Miliband-. *"De ninguna manera quiere esto decir que los movimientos de mujeres, negros, pacifistas, ecologistas, homosexuales, y otros no sean importantes, o no puedan tener efecto, o que deban renunciar a su identidad aparte".*(37) Sin embargo, la ubicación de la clase obrera en el proceso productivo le permite experimentar más claramente que ningún otro segmento social la opresión capitalista; también ello posibilita su organización y la formación de una cierta identidad colectiva para luchar contra dicha opresión.

En este sentido afirmamos el rol de la clase obrera organizada en las tareas de transformación de la sociedad de tipo capitalista y, en general de todas las sociedades industriales. Esas tareas pueden conducir, según nos enseña la historia, a una modificación gradual de la condición obrera a través de negociaciones y de presión permanente; o a confrontaciones directas con el capital y el Estado, orientadas a destruir la sociedad capitalista. En el primer caso, el movimiento obrero organizado se integrará parcial y formalmente al sistema de dominación, conservando un potencial de cambio que puede desplegarse en condiciones histórico-sociales particulares, circunstanciales y, hasta el presente, excepcionales. Esto no invalida necesariamente la hipótesis de la clase obrera como sujeto revolucionario pero la reduce a límites impuestos por la misma verificación histórica. Estos límites pueden caracterizarse de la forma siguiente:

- La clase obrera es una conceptualización (o representación de la realidad social) multifacética, cuyo pretendido carácter universal es *"el tributo que Marx rinde a la filosofía hegeliana de la historia"*,(38) es decir a una percepción idealista de la sociedad. El desarrollo desigual del capitalismo en los diversos Estados y/o naciones ha generado, en la práctica histórica, múltiples tipos de clase obrera, con distintas formas organizativas y variados grados de maduración de su identidad colectiva.

- El irreal universalismo de la clase obrera se une a menudo con "cierto finalismo (la marcha inexorable de la historia hacia un fin)..., que el propio Marx corrigió en los últimos años de su vida en su correspondencia con los populistas rusos", tal como dice Sánchez Vázquez en la citada entrevista. Ese finalismo atribuye a la clase obrera un rol revolucionario necesario y cuasi-mesiánico, es decir capaz de "redimir" la historia de la humanidad. No sólo ese rol tiene poca relación con la realidad presente de las organizaciones de trabajadores sino que, fundamentalmente, parece contradictorio con la perspectiva metodológica de Marx, dirigida a criticar todo lo existente de manera permanente y dialéctica. Es cierto además que el pensamiento socialista clásico tuvo una confianza desmedida en la vocación revolucionaria de la clase obrera, la cual compartieron Marx y Engels; esa confianza se ha revelado relativamente ilusoria, dada la capacidad de adaptación y transformación de las sociedades capitalistas y la fuerza política e ideológica de las principales burguesías.

- El supuesto rol revolucionario central y exclusivo de la clase obrera también fue relativizado por las revoluciones que triunfaron durante el siglo XX. *"En la Revolución Rusa de 1917 el proletariado sólo pudo cumplir su papel revolucionario en alianza con los campesinos y en la Revolución China, tras el fracaso de la revolución proletaria de 1927, el sujeto revolucionario central fueron los campesinos; en la Revolución Cubana (a la que la clase obrera se incorporó tardíamente) se contaban entre los sujetos revolucionarios los estudiantes y la pequeña burguesía"*.⁽³⁹⁾ Estos ejemplos podrían extenderse a otras revoluciones triunfantes o frustradas. A su vez, en ningún país capitalista desarrollado, con una industria de punta y una clase obrera numerosa y organizada, se registró una transformación anti-capitalista radical; hubo conatos revolucionarios en Alemania, Austria y una decena de otros países europeos, sobre todo hacia finales de la Primera Guerra Mundial, pero ellos abortaron; desde entonces, predominaron numéricamente sindicatos y partidos obreros adscritos a la social democracia en casi todos los países capitalistas avanzados, los cuales abandonarían gradualmente las posturas rupturistas y anti-capitalistas. Por lo tanto, puede afirmarse que no existe un sujeto revolucionario central y excluyente, aunque la clase obrera ocupe un lugar privilegiado en la dinámica de la sociedad capitalista y sea la más apta para enfrentar organizada la opresión y la injusticia; la experiencia histórica nos indica que los sujetos revolucionarios (donde y cuando existen) serían frentes o alianzas de clases y de movimientos sociales que reúnan diversos grupos oprimidos.

Sin embargo, sólo la presencia de un fuerte movimiento obrero organizado asegura mayores grados de participación democrática, sea en los procesos revolucionarios, sea durante la evolución de las sociedades capitalistas desarrolladas posterior a 1920 a través de la introducción del sufragio universal y del derecho laboral. Quizás ello explique en parte el carácter autoritario de los sistemas políticos emergentes de las revoluciones

anticapitalistas exitosas, las cuales fueron protagonizadas por sectores subordinados de países con escaso desarrollo económico-social; además, la modificación de ese carácter autoritario depende también de la movilización y organización autónoma de la clase obrera, tal como el caso de Europa del Este lo estaría demostrando. Por todo ello insistimos en sustentar el carácter transformador de la acción colectiva del movimiento obrero, determinado por el lugar que él ocupa en el proceso productivo.

En consecuencia, si hemos afirmado que todos los Movimientos Sociales necesitan proyectarse políticamente a través de los Partidos, "a fortiori" los sindicatos -dada su posición privilegiada de lucha contra el capital- se ven obligados a concretar esa proyección. Ello explica que, históricamente, la totalidad del movimiento obrero organizado se planteó el problema del poder y busque un cierto tipo de relación con el Estado, la cual suele vehiculizarse a través de diversos tipos de vinculación con los partidos políticos.

Aun los sindicatos que se habían propuesto prescindir de los partidos (el caso del anarquismo es el más importante ejemplo histórico pero siempre existió una minoría de sindicalistas "puros") pretendían conquistar el Estado o, en su defecto, negociar con él.⁽⁴⁰⁾

A nivel prácticamente universal, en el pasado, la mayor parte de los sindicatos se aproximó de diversa forma a algunos partidos para coordinar sus estrategias y tácticas y para interactuar dinámicamente; esta inter-acción pudo ser puramente institucional o incluir la inserción partidaria de dirigentes obreros en la vida política, en el caso de que su carrera sindical se transforma en actividad política. En los partidos obreros una parte de sus militantes y dirigentes fueron, al mismo tiempo, sindicalistas o ex-sindicalistas.

Por todo ello, hemos distinguido tres tipos principales de vinculación histórica entre sindicatos y partidos:

Tipo N° 1 - La vinculación "estructural"

El sindicalismo practica una relación orgánica con un partido político, la cual puede ser de coordinación o de subordinación. En este caso el movimiento obrero comparte la ideología, los valores y las estrategias de la conducción política, incorporándose a su proyecto global y adecuando sus intereses corporativos a dicho proyecto. Ello sucedió con el gremialismo socialista y comunista desde sus orígenes hasta los años veinte; luego, la mayoritaria corriente sindical socialista ha conservado algunos de sus rasgos originales pero se ha acercado al "Tipo N° 2", sea por sus crecientes relaciones con el Estado, sea por un distanciamiento gradual con las posturas ideológicas o estratégicas de sus partidos de referencia. (En menor medida, ello también sucedió con importantes sindicatos comunistas). Idealmente podría pensarse que la "vinculación estructural" sólo existe en el caso de sindicatos ligados a partidos políticos clasistas y que luchan frontalmente contra el sistema capitalista. En la práctica histórica no ha sido así; ha habido sindicatos ligados estructuralmente a partidos policlasistas y sostenedores del orden social capitalista, tanto en países desarrollados como en los subdesarrollados. (Por ejemplo, la Central de

Trabajadores Mexicanos está ligada "estructuralmente" al PRI).

Tipo N° 2 - La vinculación "coyuntural"

El sindicalismo establece nexos esporádicos con un partido político más o menos afín (por ejemplo, durante los periodos electorales), y utiliza esos nexos para lograr mayor eficacia como grupo de presión. En este caso, el movimiento obrero comparte sólo parcialmente la ideología, los valores y las estrategias de la conducción política, por lo cual sus intereses corporativos pueden desbordar los alcances del proyecto político global.

Esta fue la actitud de gran parte del sindicalismo norteamericano desde principios de siglo; después de la Segunda Guerra, ella se fue difundiendo entre una buena cantidad de gremios de ideología social cristiana y social demócrata. El relacionamiento frecuente con el Estado, controlado directa o indirectamente por la burguesía, favoreció cierta desvinculación de los sindicatos respecto de "sus" partidos (sobre todo si éstos eran obreristas) y acentuó el desarrollo de las tendencias corporativas latentes en toda organización gremial. Asimismo, la pérdida de atractivo y vigor de los proyectos obreristas revolucionarios reforzó la "autonomía sindical" respecto de los partidos políticos y el pragmatismo ideológico de los gremialistas. El concepto de "autonomía sindical" es ambiguo. Históricamente el movimiento obrero pugnó por la "autonomía" frente al Estado y los partidos burgueses y, por ello, luchó contra el orden capitalista, organizado en Sindicatos y/o Partidos Revolucionarios. Actualmente, se suele hablar de "autonomía sindical" frente al Estado y los partidos en general, reclamando un rol político mayor de los Sindicatos "dentro del sistema capitalista".

Tipo N° 3 - La vinculación "corporativa"

El sindicalismo antepone la defensa de sus intereses corporativos, actuando poco o nada ligado a partidos cuyos proyectos globales no comparte porque no satisfacen sus necesidades sectoriales. La propia confusión y/o debilidad de las propuestas de esos partidos contribuyen al reforzamiento de la vinculación "corporativa", por la cual los sindicatos se aíslan y se debilitan, quedando en situación de inferioridad para cualquier clase de relacionamiento con los sectores sociales dirigentes. Ello sucedió con el anarcosindicalismo y lo condujo a su decadencia; y, en medio de la actual crisis estructural del sistema capitalista, constituye una peligrosa tentación de las diversas tendencias sindicales que habían apostado a la integración socio-política con la mayor parte de las burguesías de los países desarrollados en el marco de los "pactos sociales" de la segunda post-guerra.

La vinculación "corporativa" va acompañada de un pragmatismo político e ideológico que se ha difundido en ciertas organizaciones sindicales mayoritarias, sobre todo en los países más golpeados por la crisis, es decir los subdesarrollados.

Finalmente, cabe señalar que estos "tipos" de vinculación no se presentan en la

realidad social de forma pura. El comportamiento sindical suele generar vinculaciones "mixtas" con los partidos políticos de forma que aun la vinculación "estructural" no ha estado exenta de componentes "corporativos".

Por otra parte, una organización gremial puede transformar su tipo de vinculación predominante, debido a mutaciones organizativas o ideológicas internas y/o a las que sufran los partidos conexos.

En un estudio anterior afirmamos que, para poder *"determinar correctamente las vinculaciones políticas (de los sindicatos), se debe analizar la estructura social característica, el origen específico de cada sindicalismo y, especialmente, la dinámica y la variación de la relación político-sindical...teniendo presente que las formas de vinculación cambian según las circunstancias, aun cuando se trate de un mismo 'tipo' de sindicalismo"*.⁽⁴¹⁾

Posteriormente hemos caracterizado algunas formas de relacionamiento entre los grupos dirigentes sindicales de nivel nacional y los partidos políticos, en particular el peronista.⁽⁴²⁾ Sin embargo, esa investigación nos abrió muchos interrogantes acerca de los mecanismos reales que condicionan y/o determinan esas formas de relacionamiento. (Nos preguntamos, por ejemplo, por qué surgieron tendencias hacia el "corporatismo" en un sector de la cúpula dirigente de la CGT; o por qué el sindicalismo clasista no pudo establecer vinculaciones políticas sólidas en la mayoría de las realidades observadas en la Argentina).

Estos interrogantes particulares y coyunturales son imposibles de responder sin una comprensión global de los desafíos que debe enfrentar el sindicalismo, tanto en países desarrollados como en los periféricos y tanto a nivel de organizaciones internacionales de trabajadores como de estructuras nacionales.

Parece evidente que las profundas transformaciones económicas y tecnológicas en curso, implican una modificación de la organización y las condiciones del trabajo, todo lo cual, en un período inmediato, desestructurará y atomizará a los sectores subordinados. Por otra parte, el Estado está reduciendo sensiblemente su rol de regulador de las relaciones económico-sociales, característico del esquema keynesiano de intervencionismo y ampliación de sus funciones. En países periféricos, como la Argentina, el mismo Estado ha cesado de generar políticas laborales de fortalecimiento del sindicalismo, propias del período nacionalista popular.

Esta etapa socialmente regresiva exige una renovación de las prácticas sindicales porque afirmamos que los gremios de trabajadores parecen la forma más directa de defensa de los intereses de quienes venden su fuerza de trabajo; sin embargo, esa organización no puede aferrarse a conductas, vinculaciones y objetivos que tenían sentido en anteriores modelos de acumulación capitalista y que han dejado de ser eficaces.

En general, los sindicatos deben redefinir su relación con el Estado que tiende a reproducir los intereses del capital; sólo una afirmación de la autonomía sindical y su "desestatalización" pueden preservarlos de un gradual vaciamiento de contenido que los conduciría a su extinción como actores sociales significativos. Esta afirmación es

particularmente válida en países periféricos donde el movimiento obrero se fortaleció al amparo del Estado.

También los sindicatos deben democratizarse internamente para combatir su propia burocratización, eliminar su excesiva centralización y atraer a trabajadores que nunca se afiliaron a ellos o que, habiéndolo hecho, los abandonaron en los últimos años como lógica reacción frente a la inoperancia de ciertos sectores de la dirigencia obrera.

Finalmente, la gran tarea de los viejos organismos sindicales es abrirse a todo tipo de trabajadores (calificados, intelectuales, temporarios) que no participaron de la tradición obrerista; y, más aun, a otros movimientos sociales existentes o por crearse, los cuales abarcan a las mujeres, las diversas minorías desfavorecidas, los jóvenes...y los desempleados, cuyo porcentaje tiende a expandirse en todo tipo de países. El desempleo estructural de la sociedad "post-industrial" debilita al sindicalismo si éste no se da una política de captación y organización de ese segmento social castigado por la reconversión económica en curso.

Resta la encrucijada de una adecuada proyección política del sindicalismo; si éste se renueva adecuadamente deberá repensar un modelo de articulación con los partidos que le impida caer en un "corporatismo" egoísta e ineficaz. Quizás ninguno de los modelos históricos pueda reproducirse con exactitud pero el "nuevo gremialismo" deberá coordinar sus demandas con fuertes organizaciones políticas que las viabilicen. Esta coordinación podrá ser flexible y poco orgánica pero nunca débil. La solidez de la acción colectiva de los sectores subordinados, amenazados de dislocación, dependerá de su capacidad de generar proyectos políticos integradores del conjunto de la sociedad que sólo podrán vehicular "viejos" partidos, también renovados, o nuevas estructuras partidarias populares y democratizadoras.

Concluyendo, el mundo que se avecina, por cierto cargado de sombrías perspectivas, sólo podrá ser humanizado por novedosas luchas de trabajadores que deben volver a las fuentes del sindicalismo: unirse y organizarse para defender sus derechos, conjuntamente con otros sectores sociales oprimidos. Esa lucha será tanto más eficaz cuanto pueda encontrar canales político-partidarios que la expresen y la conduzcan al éxito, a través de los conocidos mecanismos de negociación-confrontación con el capital y el Estado. Ello no excluye que los sindicatos presten servicios sociales o respondan a las demandas económicas inmediatas de sus afiliados; pero ninguna de estas tareas mejorarán la condición de los sectores populares si éstos no pueden incidir en las decisiones político-estatales a través de su proyección política concreta.

NOTAS

(1) Conferencia del 22 de julio de 1988 publicada bajo el título "Las lecciones de una batalla defensiva" en *La Ciudad Futura*, Nº 13/14, Buenos Aires, noviembre 1988 / enero 1989, pág. 7.

(2) Paradójicamente la crisis actual de las economías occidentales, pese a sus efectos anti-sociales, no ha desbaratado dichos "pactos democráticos"; asimismo, las fuerzas obreristas clasistas han permanecido marginalizadas o, peor aún, han continuado perdiendo peso político-ideológico. (Por ejemplo, en Francia, Italia,

España...).

(3) En investigaciones anteriores sobre el sindicalismo argentino, hemos tratado de demostrar cierto paralelismo entre las luchas sociales del siglo XIX y la dominación clasista en nuestro país.

(4) OFFE, C. y WIESENTHAL, H., "Dos lógicas de acción colectiva", (Trad. por Emilio Parrado) en ZEITLIN, M. (ed.), *Political Power and Social Theory*. (Publicado por la carrera de Sociología de la Universidad Nacional de Buenos Aires).

(5) *Idem* pág. 6.

(6) *Idem* pág. 11.

(7) *Idem* pág. 15.

(8) Es prácticamente imposible determinar el tamaño y el peso organizativo óptimos de un sindicato en orden a maximizar su eficiencia. Tanto dicho tamaño como fuerza operativa dependen de los variados contextos histórico-sociales y político-ideológicos.

(9) OFFE, C. y WIESENTHAL, H., *op. cit.*, pág. 23.

(10) *Idem* pág. 30.

(11) Nos parece más adecuado hablar de "corporatismo" en el caso de una integración inducida y no coactiva del movimiento obrero al sistema de dominación capitalista. El "corporativismo", de inspiración fascista, logra el mismo resultado a través de un orden político autoritario.

(12) OFFE, C. y WIESENTHAL, H., *op. cit.*, pág. 29.

(13) En esto, el concepto de oportunismo coincide con el desarrollado por Rosa Luxemburgo en su crítica a la social democracia alemana de su época. Evidentemente, la autora citada considera que esta práctica constituye una grave desviación político-ideológica.

(14) OFFE, C. y WIESENTHAL, H., *op. cit.*, págs. 38 y 40.

(15) *Idem* pág. 41.

(16) *Idem* pág. 39.

(17) *Idem* pág. 40.

(18) La obra teórica más importante de Touraine, *Sociología de la Acción*, fue editada en 1967.

(19) Sin compartir plenamente los alcances del concepto de Movimiento Social expuesto por Touraine, creemos que él ayuda a comprender descriptivamente las funciones de esta realidad social.

(20) Muchos analistas de los Movimientos Populares involucrados en ideales de transformación también tendían a ignorar la existencia de Movimientos Sociales (incluso con apoyo popular) de vocación conservadora y vinculados a partidos de esa orientación.

(21) EVERS, T., "Identidade: a fase oculta dos novos movimentos sociais", *Novos Estudos*, CEBRAP/2, San Pablo, 1984.

(22) FALETTO, E., "Propuesta para el cambio. Movimientos Sociales en democracia", en *Nueva Sociedad*, N° 91, Caracas, setiembre/octubre de 1987, pág. 146.

(23) *Idem* pág. 145.

(24) El caso extremo de "Movimiento-refugio" fue el de los "hippies" que, por ello mismo, se agotó rápidamente sin lograr prácticamente realizar ninguno de sus objetivos. Un movimiento que se autoexcluye global y voluntariamente de la proyección estatal, ¿qué alcances políticos reales puede tener? Los "Movimientos-refugios", al contrario, suelen cumplir un eficaz rol conservador del "statu quo" social, tal como sucede con las sectas espiritualistas, carismáticas, etc.

(25) JELIN, E., *Los nuevos Movimientos Sociales*, CEAL, Buenos Aires, 1985, pág. 14.

(26) *Idem* págs. 17 y 18.

(27) Cfr. MELUCCI, A., *L'invenzione del presente: Movimenti, identità, bisogni individuali*, Ed. Il Mulino, Bologna, 1982.

(28) JELIN, E., *op. cit.*, pág. 19.

(29) FALS BORDA, O., *El nuevo despertar de los Movimientos Sociales*, Lima, 1987, págs. 12 y 13. Sin embargo, él sostiene que los Movimientos Sociales redefinen la política y están construyendo un "poder popular" capaz de crear una democracia "más funcional y eficaz que la representativa"; ello lo diferencia del enfoque culturalista.

(30) En los países desarrollados, ciertos Estados toleran experiencias sociales "alternativas" que no alteran los fundamentos esenciales del orden establecido (por ejemplo, las comunidades "libres" de Copenhague o

Amsterdam). Por el contrario, los inestables Estados subdesarrollados no pueden permitir semejantes grados de disenso, por el justificado temor a la desestabilización socio-política generalizada.

(31) PLASTINO, C., "Democracia e transformação social: un debate necessário", en *Direitos Humanos - Un debate necessário*, Ed. Brasiliense, San Pablo, 1988, pág. 168.

(32) Idem pág. 169.

(33) Idem pág. 170.

(34) Preferimos usar la idea de "rol transformador" al de "centralidad" del movimiento obrero por razones que desarrollamos a continuación.

(35) MILIBAND, R., "El nuevo revisionismo en Gran Bretaña" en *Cuadernos del Sur*, N° 8, Buenos Aires, octubre 1988, pág. 87.

(36) Idem pág. 89.

(37) *Ibidem*.

(38) SANCHEZ VAZQUEZ, A. (entrevistado por V. Mikecin), "Cuestiones marxistas disputadas", en *Cuadernos del Sur*, op. cit., pág. 109.

(39) Idem pág. 114.

(40) Los fracasos del anarquismo y su casi total extinción se explican por su hostilidad a vincularse con los partidos o a generar uno propio. Esta experiencia no impidió la persistencia de una corriente sindicalista "apolítica" y desconfiada de los partidos (sindicalistas "puros").

(41) BIALAKOWSKI, A. y FERNANDEZ, A., "El sindicalismo frente al autoritarismo político", en *CIAS*, N° 326, septiembre 1983.

(42) FERNANDEZ, A., *Las prácticas socio-políticas del sindicalismo (1955-1985)*, CEAL, Buenos Aires, 1988. (2 vol.)